

como vos decís: ¡bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad! Levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor, lo mas presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno." Con esto cesó la plática, y Don Quijote se fué á reposar la siesta, y la duquesa pidió á Sancho que, si no tenia mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde, con ella y con sus doncellas, en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que, por servir á su bondad, él procuraria con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendria obediente á su mandato; y fuése. El duque dió nuevas órdenes cómo se tratase á Don Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII.

De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta, pues, la historia, que Sancho no durmió aquella siesta; sino que, por cumplir su palabra, vino, en comiendo, á ver á la duquesa, la cual, con el gusto que tenia de oírle, le hizo sentar junto á sí, en una silla baja; aunque Sancho, de puro bien criado, no queria sentarse; pero la duquesa le dijo, que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que, por entrambas cosas, merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros; obedeció, y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon, atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la duquesa fué la que habló primero, diciendo: "Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran Don Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que, pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor Don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria, en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos?" Á estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala, levantando los doseles; y luego, esto hecho, se volvió á sentar, y dijo: "Ahora, señora mia, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto

responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo á mi señor Don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que, á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva piés ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho días, que aun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le he dado á entender que está encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Úbeda." Rogóle la duquesa que le contase aquel encantamiento ó burla, y Sancho se lo contó todo, del mismo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y, prosiguiendo en su plática, dijo la duquesa: "De lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oídos, que me dice: pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y, con todo eso, le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él mas loco y tonto que su amo; y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne; porque, el que no sabe gobernarse á sí, ¿cómo sabrá gobernar á otros?—¡Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho! pero dígame vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad; que, si yo fuera discreto, días há que habia de haber dejado á mi amo; pero esta fué mi suerte, y esta mi malandanza: no puedo mas; seguirle tengo; somos de un mismo lugar; he comido su pan; quiérole bien; es agradecido; díome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que, el no dármele, redundase en pro de mi conciencia; que, magüera tonto, se me entiende aquel refran de *por su mal le nacieron alas á la hormiga*; y aun podría ser que se fuese mas aina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia; y de noche todos los gatos son pardos; y asaz de desdichada es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado; y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno; y las avecitas del campo tienen á Dios por su proveedor y dispenserero; y mas calientan cuatro varas de paño de Cuenca, que otras cuatro de limiste de Segovia; y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jornalero; y no ocupa mas piés de tierra el cuerpo del Papa que el del sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro; que, al entrar en el hoyo, todos nos ajustamos y encogemos, ó nos

hacen ajustar y encoger, mal que nos pese, y á buenas noches; y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula, por tonto, yo sabré no dárseme nada, por discreto; y yo he oído decir, que *detrás de la cruz está el diablo*, y que *no es oro todo lo que reluce*, y que de entre los bueyes, arados y coyundas sacaron al labrador Wamba para ser Rey de España, y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron á Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten).—Y ¡cómo que no mienten! dijo á esta sazón Doña Rodriguez la dueña, que era una de las escuchantes; que un romance hay que dice, que metieron al Rey Rodrigo, vivo vivo, en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que, de allí á dos días, dijo el Rey, desde dentro de la tumba, con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen  
por do mas pecado habia.

Y, segun esto, mucha razon tiene este señor en decir que quiere ser mas labrador que rey, si le han de comer sabandijas." No pudo la duquesa tener la risa, oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirarse en oír las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: "Ya sabe el buen Sancho, que, lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El duque, mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así, cumplirá la palabra de la prometida ínsula, á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que, cuando menos lo piense, se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno, que con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es, que mire cómo gobierna sus vasallos; advirtiéndole, que todos son leales y bien nacidos.—Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio, y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa, no le hurtas hogaza; y ¡para mi santiguada, que no me han de echar dado falso! soy perro viejo, y entiendo todo *tús tús*, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé dónde me aprieta el zapato: dígame, porque los buenos tendrán conmigo mano y concavidad, y los malos, ni pié ni entrada. Y pareceme á mí, que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podría ser que, á quince días de gobernador, me comiese las manos tras el oficio, y supiese mas dél que de la labor del campo en que me he criado.—Vos teneis razon, Sancho, dijo la duquesa; que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero, volviendo á la plática que poco há tratábamos, del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que, si su señor no la conocia, debía